



www.loqueleo.com/es

© 2020, Pedro Riera

Representado por Tormenta.

www.tormentalibros.com, rights@tormentalibros.com

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-361-0

Depósito legal: M-36.526-2019

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2020

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**UN RELATO
DE VIOLENCIA**

PEDRO RIERA

loqueleg

Para Maxi.
Te echo de menos, amigo.

Motivos para guardarte rencor no me faltan, lo sabes, y seguro que no necesitas que te los enumere, aun así te recordaré tres, los más hirientes: la facilidad con la que me dejaste de lado de un día para otro por tus nuevos amigos; que le contaras a tu padre que la bolsa de marihuana que encontraron en tu cuarto era mía; y que montaras aquella bronca en la fiesta de Marga para que nos echaran e impedir que me enrollara con Lola, ya que, en tu opinión, no era la chica adecuada para mí. Así eras tú. Me estropeabas el plan con el amor de mi vida y tenías la desfachatez de asegurar que lo hacías por mi bien. Menudo capullo arrogante estabas hecho. Aunque, curiosamente, el motivo por el que me estoy metiendo en este lío descomunal no tiene que ver con nada de aquello. Al final, parece que lo único que no he conseguido superar es que tú siempre tuvieras razón. No te rías. Yo soy el primer sorprendido. No fui consciente de ello hasta que, hace cosa de un mes, te presentaste en casa sin avisar y acabamos discutiendo sobre la legitimidad del uso de la violencia. La condescendencia con la que me tratasteis mi padre y

tú ya me sacó de quicio. Pero fue un comentario concreto tuyo el que hizo que algo estallara en mi cerebro.

—Tío, no te alteres tanto —me dijiste—. Ya me imagino que no es fácil asimilar que siempre tengo razón, pero ya son muchos años de amistad. ¿No crees que es hora de que empieces a aceptarlo?

10 Utilizaste un tono de broma, ligero, pero tu mirada era implacable y rebosaba malicia. Sabías que tu comentario iba a dar en el blanco. Aunque es imposible que sospecharas lo que ibas a poner en marcha. Desataste una tormenta en mi interior tan violenta e inesperada que sentí que me faltaba el aire. Traté de mantener la compostura. Recuerdo que me encaré contigo y, por la reacción posterior de mi padre, sé que resulté convincente. Sin embargo, mientras te hacía frente, mi voz resonaba en mi cabeza con un eco lejano, como si perteneciera a otra persona. Y cuando salí de casa, todo digno y vencedor, las piernas me temblaban de tal manera que me agarré al pasamanos por miedo a caer rodando por las escaleras.

Aquel episodio me dejó aturdido.

No había olvidado que durante un tiempo me obsesionó la idea de que tú siempre tuvieras razón, pero se me hacía muy difícil creer que una tontería así me hubiera dejado traumatizado. Y, aun así, era la única explicación. Una inmensa ola había surgido de mi pasado y se había abatido sobre mí a traición, revolcándome sin piedad contra el fondo de arena y dejándome desorientado y al borde del ahogamiento. Un mes después de aquello,

me lo tomo con mucho más humor. ¿Sabes esos agentes durmientes de las películas que despiertan cuando les susurran una determinada frase al teléfono y que, como autómatas, se ven constreñidos a cumplir la misión que les han asignado? Pues algo parecido me ha sucedido a mí, aunque con matices. Cuando tú pronunciaste las palabras mágicas que me despertaron, todavía no tenía una misión asignada. Mi cometido se cruzó en mi camino más tarde. Y, de alguna manera, lo reconocí. Ya solo queda ver si seré capaz de cumplirlo o si acabaré esposado a la mesa de una sala de interrogatorios.

12 Si es que nuestra amistad ya empezó así: contigo teniendo razón.

Teníamos nueve años. Ese verano mi madre se había sacado de la manga unas normas ridículas con las que pretendía garantizarnos una estancia idílica en el camping. Las había anotado en una libreta con las tapas de cuero rojo con su pulcra caligrafía y nos las leía a todas horas. Todavía corre por casa. Lo fundamental, según ella, era mantener una excelente relación con nuestros vecinos de caravana. Qué pesada se puso. No había forma de llevarle la contraria. Así que, cuando me endosó al tarado aquel que se pasaba el día preparando comiditas de barro, no protesté. Me lo llevé hasta el campo de fútbol y le hice ponerse de portero. Mi intención era meterle un pelotazo en la cara y arrancarle de una vez las ganas de volver a jugar conmigo. Estaba plantando mi pelota de cuero en el punto de penalti cuando tú hiciste tu entrada estelar.

—Yo no lo haría —me advertiste.

Estabas sentado con dos niños mayores, a la sombra de un grueso pino, junto a vuestras bicicletas. No me gustó nada tu actitud.

—¿Qué es lo que tú no harías? —te pregunté.

—Id a la otra portería. En esa casa hay un perro que es un rastrero. Pelota que se cuele, pelota que pincha... Hazme caso.

Miré hacia donde me señalabas. Detrás de la portería había un muro bastante alto sobre el que, además, habían fijado una reja. Entre el borde superior de la reja y las primeras ramas de los árboles quedaba un hueco de medio metro. Era muy complicado meter la bola por ahí y los tres me sonreíais con tal chulería que di por supuesto que me estabas vacilando. Ignoré tu consejo. Me sentía seguro de mí mismo. Di unos pasos atrás, respiré hondo y tomé carrerilla, pero justo cuando mi pie iba a impactar en la pelota noté vuestras miradas clavadas en mí y, en vez de la cara del tarado, mi cerebro visualizó el hueco que me habías señalado. El resto lo hizo mi cuerpo. Y con qué precisión. Colé limpiamente el balón por el espacio que había entre la reja y las ramas. De intentarlo a propósito, jamás lo hubiera conseguido. Tus amigos empezaron a reír a carcajadas. Tú no. Te costaba contener la risa, pero te apresuraste a acudir en mi ayuda. Reconozco que eso lo tenías de bueno, cuando se demostraba que tenías razón, nunca te regodeabas.

—Ven —me dijiste—. Rápido.

Trepamos a lo alto del muro. Mi pelota yacía en una esquina del jardín, sobre la pinaza. Un pastor alemán enorme dormía profundamente junto a las escaleras de un porche, a una decena de metros. Yo estaba convencido de que podía descolgarme sigilosamente hasta ahí y recuperar la

bola sin despertarlo. Tú no estabas de acuerdo. Me advertiste que el perro solo se estaba haciendo el dormido. No te escuché. Me había pasado un mes dándoles la lata a mis padres para que me compraran un balón de cuero como para perderlo el tercer día de vacaciones. Y, aunque no era necesario, me acompañaste. Por segunda vez en cinco minutos, tuviste razón. Aquel perro era el rey de los rastreos. En cuanto pusimos el pie en el suelo, se abalanzó sobre nosotros. A mí me mordió en la barbilla y en un brazo, tú te llevaste un buen bocado en la nalga. En total nos pusieron veintidós puntos: once a cada uno.

Al menos en ese apartado, la cosa quedó equilibrada entre nosotros.

Aquel perro sellaría nuestra amistad, no tanto porque la aventura nos uniera, que lo hizo, sino porque a raíz del incidente nuestros padres se hicieron íntimos. A la vuelta del hospital, fueron a quejarse al dueño del pastor alemán. El muy energúmeno no solo se negó a disculparse, sino que entró en su casa a por un bate de béisbol. El asunto no acabó con otro apresurado viaje a urgencias porque los guardas de seguridad del camping intervinieron a tiempo de evitarlo.

Esa noche las dos familias cenamos juntas en el chiringuito de la playa y, en mi recuerdo, mi padre y el tuyo ya no se levantaron de aquellas destartaladas sillas de plástico. Todavía los puedo ver a la sombra del cañizo, bebiendo cerveza y atiborrándose de mejillones y aceitunas rellenas de anchoa. Y qué ruidosos eran. Se lo pasaban en grande los tíos. La policía vino a hablar con ellos

en dos ocasiones. Por lo visto, alguien le estaba haciendo la vida imposible al dueño del perro. Ellos negaron ser los responsables, pero una tarde que nuestras madres habían ido a dar una vuelta por el pueblo oí como recordaban entre carcajadas cómo habían lanzado una bola de carne picada con laxantes por encima del muro. No averigüé nada más porque, en cuanto notaron mi presencia, se callaron.

Lo del cambio de colegio no sé cuándo lo decidieron, me imagino que durante una de sus borracheras. A mí, desde luego, nadie me lo consultó. El primer día del curso, me acompañaron a la escuela y ahí estabas tú, con tus padres, esperándome frente a la entrada principal. Todos sonrientes y muy pendientes de mi reacción, en plan: ¡sorpresa! Supongo que imaginabais que me iba a poner a dar saltos de alegría, pero me quedé inmóvil, mirándote con los ojos como platos y la boca abierta. No fue la emoción lo que me dejó sin palabras aquella mañana, ni un repentino ataque de timidez, lo que pasó es que ya entonces intuí que no ibas a ser un amigo fácil. Y superaste las expectativas. Al mes ya me habías separado de mi grupo de amigos porque, en tu opinión, eran todos unos retrasados mentales. Y yo debía de ser el mayor de todos, porque te dejé hacer. Ni te imaginas lo que llegué a arrepentirme años más tarde de no haber opuesto más resistencia.

Jamás se lo reconoceré a nadie, y mucho menos a ti, pero cuando te desentendiste de mí de aquella forma y dejaste de devolverme las llamadas, me pasé una semana

entera llorando. Lo hacía a escondidas, en mi cuarto, cuando estaba solo en casa. A los catorce años no quieres que nadie te vea llorar. Ni siquiera tus padres. Y aunque no dejé escapar una sola lágrima delante de ellos, debieron de notarme triste, porque no me libré de que me soltaran el rollo. Ya te puedes imaginar por dónde iban los tiros: que si era habitual que los amigos de la infancia al llegar a la adolescencia descubrieran que tenían intereses diferentes, que, aunque el dolor fuera desgarrador y creyera que nunca lo iba a superar, era una lección de vida que me ayudaría a construirme como persona y a apreciar la verdadera amistad cuando la encontrara, y blablablá, blablablá... Encima, entonces no llevaban ni un año separados y todavía competían por demostrar quién de los dos se volcaba más en mí, así que tuve que chuparme la versión larga del rollo, y por duplicado.

Otra cosa que podría añadir a mi larga lista de agravios.

Pero mi problema no era la tristeza, Toni.

Claro que perderte como amigo fue doloroso. Abrió un socavón en mi interior que no fue fácil de rellenar, pero el motivo por el que me encerraba en mi cuarto a llorar era otro. Mis lágrimas eran de rabia. Me sentía ultrajado. No podía quitarme de la cabeza que nuestra amistad no había surgido de forma espontánea. Tú te impusiste. Tú decidiste que ibas a ser mi amigo y, hasta que no lo conseguiste, no cejaste en el empeño. Qué persistente eras, por dios.

Durante aquel primer verano, me viniste a buscar cada día a las siete de la mañana a la caravana. Cómo detestaba

oír tus nudillos golpeando contra la ventanilla. Primero flojito, luego más fuerte. Y si mis padres no me soltaban un bufido para que me levantara y les dejáramos dormir en paz, entrabas tú a sacarme de la cama. Me agarrabas un pie con tus manos heladas y tirabas con fuerza. Estabas tan impaciente por poner en práctica tus descabellados planes que no me dejabas ni desayunar en paz. Así eras tú: dominante y caprichoso. Y esa fue la tónica de nuestra relación durante los siguientes cinco años. Hasta que un día te hartaste de mí y, con la misma determinación con la que me impusiste tu amistad, desapareciste de mi vida sin dar explicaciones. Y entonces me sentí tan utilizado, tan manipulado, que la rabia me devoró por dentro.

17

Ahora ya no reniego de nuestra amistad.

He meditado a menudo sobre aquellos cinco años y sé que hubo muchísimas cosas buenas, y todas reales. Además, he acabado por comprender que, a mi manera, yo también te utilicé. Yo adoraba meterme en líos, pero me faltaba tu temeridad. Por mi cuenta, jamás me habría atrevido a cruzar por el túnel del tren hasta la playa nudista, o a cogerle la zódiac a tu padre sin permiso, o a colarme en el parque acuático por el agujero de la valla... Sin duda, las cosas más divertidas de mi infancia las he hecho contigo y gracias a ti. Y eso compensa por tu carácter autoritario, e incluso por la forma en que me abandonaste. Así que, por ridículo y absurdo que me siga pareciendo, lo único que queda pendiente entre nosotros es eso de que tú siempre tuvieras razón.

Pero ahora no tengo tiempo de entrar en detalles.

Acaban de sonar tres timbrazos en el interfono y Duke sabe lo que significan. Es hora de bajarle. El pobre sigue estirado a mi lado, intentando controlar la ansiedad, pero ha clavado en mí una mirada suplicante y se ha puesto a golpear el parqué con la cola. Ya seguiré mañana con mi diario.

No, no es exagerado decir que siempre tenías razón.

19

Claro que en ocasiones te equivocaste. Pero si comparamos las veces en que tú tuviste razón con las que acabó sucediendo lo que yo había pronosticado, mis aciertos quedan en una mera anécdota. Encima, algunos de mis éxitos más sonados están en entredicho. Por ejemplo, el día que te empeñaste en bajar en bici las escaleras de la iglesia. Yo te avisé de que te ibas a descalabrar, no me quisiste escuchar, y por poco no te matas: te dejaste la clavícula y dos dientes en aquellos escalones de piedra. En teoría un punto indiscutible a mi favor, ¿no? Pues no. Yo sigo convencido de que lo hiciste aposta para fastidiar a tu padre. Aquel fue nuestro último verano. Tu padre y tú ya no os soportabais y andabais todo el día a la greña. Y es demasiada casualidad que justo la noche anterior de tu descenso suicida por las escaleras, él, harto de tus provocaciones, comentara que no le parecía justo que metieran a la gente en la cárcel por abandonar a sus hijos en un descampado y que lo único bueno de esas vacaciones era que no había tenido que perder una mañana contigo en

el hospital. Y, reconócelo, tú eras muy capaz de desgraciarte solo para cabrear a tu padre. De hecho, ese era uno de los motivos por los que más te admiraba.

20 En cuanto a por qué tenías siempre razón, he estado pensando mucho en ello durante estos días y la única explicación que he encontrado es que eras más inteligente que yo. Para empezar, tenías esa memoria prodigiosa, con lo que era inútil discutirte cosas como quién era el batería de los Viet Cong. Si es que hasta te sabías los nombres de todos los árbitros de primera. Tú, que detestabas el fútbol.

Y, por supuesto, tenías esa intuición finísima que te permitía anticipar cómo iba a reaccionar la gente. Todavía me admira cómo te toreaste al profesor de Mates. Y eso que entonces tenías solo once añitos. Menudo bicho estabas hecho ya. Nos habían llevado a esquiar unos días con el colegio. Era por la tarde y una treintena de críos nos habíamos enzarzado en una multitudinaria batalla de bolas de nieve en la terraza del hotel. Tú y yo nos habíamos replegado hasta la baranda para rearmarnos. De pronto, me tiraste del codo y me lo señalaste. El profesor de Mates bajaba por la calle, con el gorrito de lana calado hasta las cejas, la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos del plumón. Pronto pasaría por debajo de nosotros. Prensaste a conciencia la bola que tenías entre las manos y me guiñaste un ojo. Yo estaba listo para esconderme en cuanto hicieras el lanzamiento, pero tú tenías otro plan. En el momento de tirarla, le gritaste:

—¡Roberto!

La bola impactó en su cara de lleno.

Por su expresión, debió de hacerle mucho daño. Nos miró con un odio inmenso, pero enseguida sonrió porque otros compañeros se habían asomado a la baranda y reían como locos, y supongo que el tío no quiso reconocer delante de ellos lo furioso que estaba. Ni siquiera se limpió la nieve de la barba. Eso sí, antes de entrar en el hotel, nos llamó por nuestros apellidos y dijo que ya lo arreglaríamos más tarde. A pesar del tono festivo, la amenaza era inequívoca. Di por supuesto que iba a llamar a nuestros padres para que nos vinieran a buscar. El día anterior ya habían echado a cuatro alumnos de tercero por intentar colarse en la habitación de unas chicas por el balcón.

21

Tú me aseguraste que no iba a pasar nada.

—Tranquilo —me dijiste—, ese cretino va de enrollado. Si nos echa, se va a retratar delante de todo el cole. Ahora va a fingir que sabe encajar una broma pesada, pero nos la guardará. Este año vamos a tener que empujar a saco si queremos aprobar Mates.

Todo sucedió exactamente como habías previsto.

No nos echó, y tuvimos que aplicarnos a fondo para no darle la satisfacción de suspendernos. Quizás no era tan mal profesor como todo el mundo decía. Nadie consiguió motivarnos como él. Sacamos un notable. Nos lo puso a regañadientes, pero nos lo puso. Aunque tú no te conformaste, ¿eh? Conseguiste que tu padre fuera a protestar al colegio y montara un buen pollo. Tras revisar tu examen final, el director le obligó a ponerte un sobresaliente.

Seguro que el tío sueña todavía contigo. Eras una auténtica ladilla.

Pero que fueras más inteligente e intuitivo que yo no lo explica todo. Además, debías de tener una bola de cristal, porque acertabas incluso cuando era imposible deducir lo que iba a suceder. Y eso, amigo, era lo que me tenía obsesionado.

¿Te acuerdas de los Monster Trucks?

22 Tus padres se habían negado a comprarte la entrada. Decían que te habían dado tu mensualidad a principio de las vacaciones y que, si te la habías gastado toda en helados, era tu problema. Tampoco permitieron que mis padres te invitaran. Insistieron en que ya tenías edad para aprender que el dinero no crecía en los árboles. La idea para conseguir las entradas se me ocurrió a mí, pero encajaba mucho más en tu forma de pensar que en la mía, por eso me sorprendió que le pusieras tantas pegadas al plan. Al final, sin embargo, te dejaste convencer. En eso te parecías a mí: por mucho que sospecharas que la cosa iba a acabar fatal eras incapaz de desaprovechar la ocasión de meterte en un lío. Pedimos un cubo prestado, lo llenamos de hielo y de botellas pequeñas de agua y nos fuimos a la playa a venderlas. El objetivo no era ganar dinero, solo buscábamos avergonzar a tu madre delante de sus nuevas y elegantes amigas del Club Náutico y obligarla a que te comprara la entrada.

Cuando ya llegábamos a la playa, dijiste:

—Espero que no nos detenga la poli...

Todavía me pregunto cómo se te ocurrió hacer aquel comentario. En los cinco años que llevábamos yendo a ese camping, nadie había molestado a ninguno de los subsaharianos que vendía refrescos y cervezas por la playa. Nunca. Pues justo ese día hubo una redada colonial y nos arrestaron. Pasamos dos horas divertidísimas en comisaría con los demás lateros. Sigue siendo una de las anécdotas favoritas de mi padre, aunque entonces no se lo tomó tan bien. Los dos nos quedamos sin Monster Trucks. Y aunque perderme el espectáculo fue una frustración para mí, lo que más me dolió fue que mi plan no funcionara.

23

Y es que en aquella época ya me obsesionaba que tú siempre tuvieras razón. Nunca lo admití, claro, pero me moría de ganas de demostrarte que yo también podía acertar. Por eso te llevaba siempre la contraria, porque cada discusión era para mí una oportunidad de imponerme, de tener razón. Y por eso mismo, unos meses más tarde, me empecé en entrar a robar unos rotuladores en aquella papelería. ¿Cuántas veces me empujaste tú a hacerlo? ¿Veinte? ¿Treinta? Seguro que más. Estabas hecho un cleptómano. Yo siempre me moría de miedo y tú siempre me convencías de que no nos iba a suceder nada. Y así era. Nunca nos cogían. Solo una vez dudaste, una vez, y yo aproveché para tomar la iniciativa, y lo hice únicamente porque a ti te pareció mala idea. Fue el día que nos pillaron. Lo más triste es que no hice nada mal. Actué como tú me habías enseñado, con naturalidad. No estaba nervioso, no dudé, nadie sospechó de mí. Simplemente

tuve mala suerte. El forro de mi cazadora estaba roto y uno de los rotuladores se cayó al suelo justo cuando íbamos a salir a la calle.

Encima, aquel incidente marcaría el principio del fin de nuestra amistad.

24 La dependienta llamó a la policía, la policía a nuestras familias, y tu padre decidió que yo era una mala influencia para ti e hizo todo lo posible para separarnos. Supongo que para él era mucho más cómodo echarme a mí la culpa de tus disparates que aceptar que le había salido un hijo medio delincuente. Estábamos en mayo, así que esperó al siguiente curso para cambiarte de instituto, pero esas vacaciones ya no vinisteis con nosotros al camping. Alquilasteis un apartamento más al norte. Qué vista tuvo el tío. Habría que hacerle un monumento. Ese fue el verano que te juntaste con aquella pandilla de punkis que te sacaban dos años. Os pasabais el día con los *skates*, fumando porros y metiéndooos en peleas. Y yo empecé a estorbarte como amigo.